

Mónica G. Álvarez

Guardianas nazis

El lado femenino
del mal



El nazismo postuló que todos aquellos que no fueran arios no eran humanos y por tanto serían tratados como animales. Si era ético experimentar con perros, gatos y ratones, ¿qué problema habría en hacerlo con judíos, polacos, gitanos u homosexuales? La respuesta la encontramos en los campos de concentración nazis, donde cientos de fieles guardianas, con la sangre «limpia», se convirtieron en las torturadoras y asesinas más despiadadas de la Segunda Guerra Mundial.

No son tan conocidas como Hitler, Himmler, Goebbels o Mengele, pero la Historia más siniestra de la Humanidad tiene su hueco para estas auténticas arpías, las caras inhumanas que tantas víctimas dejaron tras de sí, como el caso de Hermine Braunsteiner, *La Yegua de Majdanek*, que disfrutaba dando coces en el estómago de sus confinadas; Irma Grese, *El Ángel de Auschwitz*, cuyo pasatiempo favorito era echar a sus perros para que las devoraran, o Ilse Koch, *La Zorra de Buchenwald*, que ordenaba extirpar la piel tatuada de los presos para fabricar lámparas de decoración.

En esta exhaustiva y rigurosa obra la autora recoge la biografía de un total de diecinueve mujeres que participaron activamente en la maquinaria bélica del nacionalsocialismo y que sucumbieron ante el poder, la sangre y la muerte. ¿Tuvieron otra salida? Sí. No obstante, optaron por tomar las riendas, acatar órdenes y aliñar sus actuaciones con fuertes dosis de vejación, maltrato y sadismo.

Estas «mujeres» no son las únicas que formaron parte del Tercer Reich y lo apoyaron en cada una de sus iniciativas. Son muchas más, pero su conducta sobresalió por encima del resto.

Gracias a este libro, el recuerdo y la memoria de todos ellos harán que posiblemente nada de esto vuelva a repe-

tirse. O quizás sí.

*Para que nunca olvidemos los principios humanos
que nos alejan irremediabilmente del crimen y el
castigo, me gustaría dedicar este libro:*

*A todas las víctimas de la injusticia,
a las de entonces y a las de ahora.*

A aquellos que murieron por la libertad.

*«Lo que queda de esa noche como ninguna otra
es una sensación irremediable de pérdida, de
despedida. Mi madre y mi hermana se marcharon,
y nunca les dije adiós.*

*Todo sigue siendo irreal. Es solo un sueño, me dije
mientras caminaba colgada del brazo de mi padre.*

*Es una pesadilla que me ha arrancado de las
personas a las que amo, que están golpeando a la
gente hasta la muerte, que Birkenau existe y que
alberga un gigantesco altar donde los demonios
de
fuego devoran nuestro pueblo.*

*Es una pesadilla de Dios que los seres humanos
estén lanzando a las llamas a niños vivos judíos».*

(Elie Wiesel, superviviente del Holocausto).

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, me gustaría dar las gracias a José Antonio y Diego Fossati por creer en este proyecto nada más conocernos. Por sus consejos y por la tranquilidad que me transmitieron durante el proceso. A mi editora Esperanza Moreno, por tratar con tanto mimo no solo el libro sino a mí.

A la *Das Bundesarchiv* y a la *U. S. National Archives*, por permitirme utilizar su hemeroteca y por el material fotográfico que me enviaron para completar esta obra. Las improntas que aquí incluyo nos permiten conocer más de cerca a nuestras protagonistas.

A los traductores de inglés, polaco, francés y alemán que han formado parte de este proceso literario. A Robert Wojno, Sergio Gómez y Katarzyna Czaplinska, por atender tan amablemente el llamamiento que hice en Twitter para encontrar traductor de polaco. A Anne Pfeifer, Laura Alvarado y Alexander Müller, por el ímpetu mostrado desde Düsseldorf. A Begoña Sagarduy López, por querer incorporarse a esta aventura. A Robbie McNicol por las tardes que pasamos delante del ordenador escudriñando en inglés cada uno de los libros que me llegaban. A todos ellos, un millón de gracias.

A Madonna Anne Lebling, *Director of Newsroom Research* en el periódico *The Washington Post* por darme acceso a información privilegiada y por enviarme personalmente artículos publicados en su diario sobre las tan temidas guardianas.

A la Oxford University Press y al *Oxford Journals*, que me dieron acceso a importantes documentos sobre los procesos judiciales de Bergen-Belsen y Auschwitz.

A Johannes Schwartz, *Director of the Lichtenburg Memorial Site*, por facilitarme uno de sus trabajos sobre la *Oberaufseherin* Dorothea Binz. A Flint.

Whitlock autor del libro *The Beasts of Buchenwald*, por enviarme dedicado uno de sus ejemplares desde el otro lado del charco y que tanto me sirvió para documentarme. A Katie Rushforth y Catherine Lawn de la Eurospan Group por hacerme llegar manuscritos inaccesibles desde España.

A Eric Frattini por las comidas celebradas en su «cuartel general», por ofrecerme versados consejos y sobre todo por su valiosa amistad. Al doctor José Cabrera Forneiro, por lanzarse sin paracaídas a escribir el prólogo de este libro. A Pietro y Lucía, por las charlas sin reloj, por las risas, los nervios y porque me enseñaron que los sueños también se hacen realidad. A Carles Lamelo, por las noches delante del micrófono hablando de misterios. A Javier Silvestre, porque su risa llena la sala de mi memoria. A Lorena Montón, por su calidad humana. A Blanca Jiménez Barrau por sujetarme en los peores momentos. A Alessandra Martín, la «hermana» pequeña que siempre quise tener. A David Barrientos, porque le sobra humanidad y la comparte con los que somos sus amigos. A Luisa Puerto, por ser mi familia desde hace más de 15 años. A mi querida Grachi, porque nunca he conocido un ser tan sabio sobre la faz de la tierra. A Bertita por sus remedios alquimistas. A Mónica Montes, por ser más «solar» que nunca. A Eva Margalef, porque es sinónimo de nobleza y lo demuestra cada día. A Bego Llácer, por ser mi alma gemela. A Tania Ruiz Otero, porque nuestra amistad siempre saltará la barrera de la distancia. A Paloma Ramón, por poner música a las palabras. A Chus, porque sé que está viendo todo desde arriba; te pienso cada día. A mis padres y hermano, por ser parte de mi alma. A Elena, por ser mi inspiración diaria. Al resto de mis incon-

dicionales, que no os olvido, por estar siempre a mi lado cuando más lo necesito.

Y por último, y muy en especial, un agradecimiento a todas aquellas personas y organismos que me dieron la espalda, que me pusieron toda clase de escollos para evitar que este libro fuese como es hoy. Ello me ha permitido agudizar mi ingenio y, por tanto, mi investigación.

A todos ellos, la más sincera de las gratitudes. Una parte de este libro es de todos ellos.

PRÓLOGO

Cuando un psiquiatra se pone a prologar, las cosas se convierten en impredecibles, ya que sabemos escuchar, hablar a medias, pero escribir muy mal. Pero, como alguien dijo, es lo que hay.

Para prologar desde la perspectiva psiquiátrica caben dos opciones: tratar de entender el contenido de la obra en sus matices psíquicos, o entender al autor en sus motivos para escribir dicho contenido, y en ambos casos siempre resulta arriesgado encargar a un psiquiatra una introducción o un prólogo, ya que el riesgo nace de la «manía» o también llamada «deformación profesional» de estos sujetos, es decir, en este caso de un servidor por desentrañar los intrínquilos psíquicos de aquellos que prologan, de buscar los fantasmas inconscientes que siempre yacen tras las conductas humanas, y cómo no tras las palabras escritas como representación éstas últimas de la personalidad del autor.

Pero el que así arriesga, ya sea autor o editor, demuestra su valentía, y en cierto modo se desnuda para ofrecer con sinceridad una obra y el esfuerzo que esta siempre implica.

Vivimos un mundo convulso y con miles de criterios y marcos morales donde a veces resulta difícil seguir una senda, por eso conviene mirar atrás en nuestra historia y aprender de lo que en ella, con fortuna o no, ha hecho el ser humano. Ese es el gran reto de los escritos que bucean en nuestras luces y en nuestras sombras.

Y de sombras vamos a hablar en estas palabras que servirán como prólogo, sombras perversas y negras que pintaron un capítulo mucho más que trágico de la humanidad, un capítulo de horror sin sentido, donde el cerebro más animal e irracional gobernó el mundo en una espiral que llenó los cementerios y aun nos asusta en su recuerdo.

La autora ha desentrañado unas vidas de personas, mujeres en concreto, que debieron ser insignificantes o al menos sencillas y grises, y, sin embargo, encarnaron unas conductas tan crueles e inimaginables que los psiquiatras titubeamos a la hora de etiquetarlas.

Y es que cuando sucede algo trágico o criminal todo el mundo recurre al profesional de la psiquiatría para que de inmediato ponga un diagnóstico o al menos explique el motivo de tal o cual conducta, como si al etiquetar o explicar, nuestra angustia por lo bestial e incomprensible se aliviara y de esta forma pudiéramos seguir saliendo a la calle sin la sensación de que en algún momento un semejante puede hacer tal o cual cosa.

De los campos de concentración tenemos libros y libros, textos y textos y hasta filmaciones que nos erizan el cabello y nos secan la boca, incluso tenemos descripciones de profesionales de la salud mental que estuvieron presos, me vienen a la memoria Viktor Frankl y Bruno Bettelheim a los que hay que leer por obligación, científicos de renombre como Primo Leví, inolvidable, y también hay quienes nos avisaron con dolor de lo que se viviría como Stefan Zweig, que se quitó la vida lejos de su patria por ese dolor inasumible.

Pero no teníamos un fichero tan detallado de unas mujeres que hicieron de su condición el más flaco favor que se puede hacer hoy a la condición femenina; fueron las torturadoras, algunas de ellas, que hoy gracias a la autora conocemos con detalle.

Y es en este punto en el que el psiquiatra se pregunta ¿Por qué? ¿Había otras opciones para estas mujeres? ¿O un

cruel fatalismo las empujó a perder el rumbo intoxicadas por una atmósfera delirante proaria, que llevaron hasta sus últimas consecuencias?

¿Qué decir de la personalidad de estas mujeres? ¿Pero qué es la personalidad antes de todo?

La personalidad es lo que conocemos coloquialmente como «forma ser», y la deducimos de la conducta que cada uno tiene consigo mismo y en relación con los demás. Esta forma de ser, si lo resumimos de manera didáctica, estaría compuesta por dos parámetros claramente diferenciales: *el temperamento y el carácter*.

El primero, al que hemos denominado temperamento, tendría un gran componente genético, es decir, se transmitiría a través de la herencia, procedentes de ambos progenitores. En cambio, el segundo sería básicamente adquirido en función de las relaciones y del ambiente que rodean al sujeto desde su nacimiento hasta el momento presente. Lo que vemos de la personalidad, lo que percibimos, lo que se exterioriza, es lo que llamamos *conducta o comportamiento*.

No hay acuerdo entre los autores y las escuelas sobre cuál de los dos elementos es más determinante a la hora de la conducta del sujeto, habiendo quien dice que la herencia determina definitivamente la conducta (idea un tanto fatalista) y quien por el contrario habla de la herencia como una vulnerabilidad sobre la que se impresionan los acontecimientos vitales que rodean al sujeto en su vida desde la infancia hasta la edad de adulto.

En cualquier caso, todos hemos visto diferentes situaciones que parecen inclinarse hacia un lado u otro de la balanza, pero cada vez son más los que opinan que como decía Cajal: «El hombre es el escultor de su propio cerebro».

Lo que conocemos como Trastornos de la Personalidad (TP) serían formas «anormales» de ser y de relacionarse con uno mismo y con los demás, desde un punto de vista estadístico. Se inician muy precozmente y provocan malestar al

sujeto y/o a los que conviven con él. En realidad, muchos que denominamos «raros» son auténticos trastornos de la personalidad, trastorno que se patentiza de otra forma dependiendo del medio social donde vive el sujeto.

Es en esta línea de pensamiento que deberíamos encuadrar hoy a aquellas mujeres, y entonces las preguntas siguientes serían: ¿Nacieron así?, ¿Se hicieron así por contagio ideológico? O lo que es más duro de aceptar: ¿eran simplemente así?, luego el mal existe.

A los psiquiatras no nos gusta hablar del mal y del bien, porque son conceptos morales íntimos de las personas y han cambiado a lo largo de la historia según ideologías, cambios de poder... etc., pero lo cierto es que en ocasiones nos encontramos con personas que no tienen criterios morales ninguno y entonces no podemos diagnosticar un trastorno, simplemente alejarnos cautelosamente de ellas.

Yo creo que el caso de estas mujeres es en síntesis este último. No podríamos definirlas como personas con trastornos psiquiátricos, vivían en un mundo tóxico en el que la moral se la impusieron y ellas simplemente por vanidad, egoísmo, celos, ambición y otras muchas razones «no psiquiátricas», hicieron del mal una herramienta perversa de proyección de sus pobres vidas, y esto lo ha recogido magistralmente la autora Mónica González Álvarez, mujer actual, trabajadora e investigadora de la historia, a la que auguramos un gran éxito con esta descripción detallada de aquellas Guardianas Nazis que hoy gracias a ella vuelven a la luz para que todos mantengamos la alerta viva ante las ideologías extremas y radicales.

Dr. José Cabrera Forneiro

Psiquiatra y Doctor en Medicina Legal
Académico de la Academia Médico Quirúrgica Española

INTRODUCCIÓN

«La idea de aceptar un trabajo en Auschwitz era particularmente seductora, puesto que el trabajo respondía a la necesidad que tenía de experimentar día tras día la propia superioridad y la propia fuerza, el derecho a decidir sobre la vida y sobre la muerte, el derecho a infligir la muerte, personalmente o al azar, y el derecho a abusar del poder sobre las otras detenidas».

Así formuló Anna Pawelczynska, prisionera polaca convertida en guardiana del campo de Auschwitz y actual socióloga, su paso por este centro de internamiento durante la Segunda Guerra Mundial.

No fue la única. A partir de 1939 cientos de mujeres alemanas se alistaron a la *Bund Deutscher Mädel* (Liga de la Juventud Femenina Alemana) y al Partido Nazi (NSDAP) para acatar los nuevos preceptos erigidos por Adolf Hitler y su Tercer Reich. No echaban de menos un hogar íntimo, un marido cariñoso o unos niños felices, como manifestó el *Führer* en más de una ocasión. No. Estas féminas —pese a lo que declararon ante sus respectivos tribunales—, fueron conscientes de la barbarie y la consternación a la que se enfrentaron. Decidieron formar parte de un sistema de tortura, sadismo y muerte aún contraviniendo las leyes internacionales en tiempos de conflicto.

Pero ¿cómo es posible que alguien corriente se convierta en un criminal de guerra? La respuesta más recurrente y la que, por desgracia, he intentado reflejar a través de este libro, es que todas y cada una de las personas que partici-

paron de la maquinaria bélica del horror nazi, ya tenían esa semilla asesina en su interior. Esa maldad era innata, oculta en algún rincón de su conducta pero tan palpable que tan solo fue necesario trabajar en un campo de exterminio, entre cadáveres y llanto, para despertar a las bestias más despiadadas que se han conocido jamás.

Si los hombres de Hitler fueron perversos, ellas, las «guardianas» de los campamentos de concentración, supusieron la mano ejecutora e implacable de la justicia aria. No hubo juez más atroz que María Mandel, Ilse Koch, Irma Grese, Hermine Braunsteiner, Dorothea Binz y así hasta 19 nombres. Todas y cada una de ellas establecieron un patrón de entrenamiento para enseñar a sus secuaces cómo debían golpear, apalear, fustigar, maltratar y vejar a sus reclusas hasta el óbito. Durante esta fase de instrucción, llevada a cabo principalmente en el campo de Ravensbrück, las futuras asesinas aprendieron a practicar sacrificios y a comportarse como animales salvajes. La inhumanidad fue su ilustre pilar.

Los miles de internos de Birkenau, Buchenwald, Majdanek, Ravensbrück, Auschwitz o Stutthof sufrieron en sus carnes el ensañamiento voraz de unas mujeres que, lejos de impartir paz, y «guardar» la integridad personal, les arrancaron de cuajo la poca esperanza que podían tener en la vida.

En *Guardianas nazis* nos encontraremos con una recopilación de la vida de las 19 supervisoras, guardianas, responsables de bloque y auxiliares más sangrientas de los campos de concentración alemanes entre 1939 y 1945. Aparecen divididas en dos significativas partes: «Las 7 Arcángeles del Terror» y «Las 12 Apóstoles del Reich».

Los términos de «arcángel» y «apóstol» que utilizo para este fin, no pretenden ofender a nadie. Si es así, mi más sinceras disculpas. El motivo por el que he decidido usar ambos vocablos es por el significado implícito que llevan

consigo. Nada tiene que ver aquí la religión o la fe con el nazismo, pero sí lo que subyace.

Entendemos por «arcángel» como aquel «espíritu bienaventurado, de orden medio entre los ángeles y los principados». Si hacemos acoplo de esta palabra a las siete supervisoras germanas, hay que decir que estas fueron seres «venerados» por su régimen y que se encontraban entre Hitler (la divina providencia) y los distintos rangos de las *Waffen-SS* (los principados). En el caso de «apóstol», que sería aquel que predica, el propagador de cualquier género de doctrina importante, las 12 restantes fueron evangelizadoras de unos ideales. Se dedicaron a difundir entre sus fieles la semilla de la religión aria.

Este libro nace de la necesidad de sacar a la luz las sombras del nacionalsocialismo, unas sombras donde las mujeres también tuvieron gran culpa del exterminio semita.

Como decía su Líder: «Sigo el camino que me marca la Providencia con la previsión y seguridad de un sonámbulo». Ellas lo siguieron, hasta el final, meneando la cola de la maldad a su paso. Sentían satisfacción ante lo que generaban sus actuaciones, no por provocar sufrimiento en el otro, sino por el dominio de llevarlo a cabo. Por el poder de elegir lo que era o no correcto en cada momento. Si para Hitler el judío era de naturaleza satánica, una vez que lean las fatales costumbres de nuestras protagonistas, pensarán que el Innombrable a su lado era solo un mero aprendiz.